

EL "PRESIDENTE" KISSINGER

Los americanos se han visto sometidos a un bombardeo informativo mil veces más intenso que el que hemos venido sufriendo los europeos: la irreprimible inflación y la escasez de energía, se les ha dicho y repetido insistentemente, precipitan al mundo en una crisis que no perdonará a nadie. Para ellos, niños mimados de la sociedad de consumo, el problema consiste en evitar que el fin del derroche puro y simple —increíble en este país que consume sólo un 30 por 100 de la energía producida en todo el mundo— coincida con el fin de la opulencia.

Para convertir la economía americana haría falta, dice el banquero David Rockefeller, un Churchill. Para despertar, en el interior del país, la imaginación cívica del pueblo americano. Para alertar, de fronteras para fuera, al mundo entero respecto de los años de vacas flacas que se avecinan. Los Estados Unidos, blanco original de los árabes, tal vez sean también los únicos que consigan eventualmente y tras llevar a cabo radicales revisiones, salir del avispero. No será tan fácil para Europa. Ni mucho menos para el Tercer Mundo, que descubrirá tal vez demasiado tarde que las cien mil muertes provocadas por el hambre en Etiopía son mucho más importante que la guerra del petróleo, y que una eventual solución del conflicto del Próximo Oriente no va a solucionar el problema del hambre.

Ocurre, sin embargo, que Nixon no es ningún Churchill, ni para la guerra ni para la paz. Ni para la economía ni para la diplomacia. En realidad, Nixon ya no es nada, y esto es algo que yo no comprendía antes de mi viaje a Estados Unidos. Que el presidente del país más poderoso de la tierra fuese o no culpable de ciertas sucias maniobras electorales, es algo que yo creía capaz de apasionar a una determinada sociedad política washingtoniana y nada más que a ella. Comprendía perfectamente que ni en Pekín, ni en Moscú, ni tampoco en Europa, se concediese al asunto demasiada importancia. Pero el problema que se les presenta a los americanos no es ya el de saber si Nixon es o no culpable, sino el de cómo vivir hasta 1976 sin presidente.

Desde este punto de vista, su política interior es la nuestra exterior. Es algo, pues, que nos interesa, y nos interesa tanto más cuanto que lo que se pone actualmente en entredicho es también un sistema (presidencial),

que tantos debates suscita en países como Francia.

«Richard Nixon es, evidentemente, un truhán»; es una frase que se oye prácticamente por todas partes en Estados Unidos, y que se dice con la mayor naturalidad del mundo. Y no nos referimos a los periodistas, que de dos años a esta parte no demuestran ya el mínimo respeto hacia la Casa Blanca. Ni tampoco a esos famosos «intelectuales de Harvard», hacia los que Nixon siente un odio mortal, producto de su resentimiento por el desprecio de que siempre ha sido objeto por parte de aquéllos. Tampoco se trata de los negros, antes contestatarios y que se han convertido, dentro del marco del sistema americano, en una fuerza impresionante con la que no hay más remedio que contar. En cuanto a los obreros, aterrados como están por el fantasma del paro, tienen tendencia a pensar que todos los políticos son unos sinvergüenzas, y que el único pecado de Nixon, al menos en todo este asunto, es no haber nacido multimillonario: un Rockefeller o un Kennedy no habría tenido que recurrir a las trampas a que ha recurrido Nixon.

Lo sorprendente del caso es que las acusaciones proceden del partido mismo, de los que rodean al presidente, de la administración y en algunos casos, incluso, de los amigos de Richard Nixon. ¡Y qué acusaciones! En el último número de «Fortune», revista destinada a los financieros y tecnócratas, puede leerse, al final de un artículo consagrado a un auténtico psicoanálisis de Nixon, la siguiente conclusión: «Los hombres de la Casa Blanca han organizado la banda más inmoral y al mismo tiempo la más desastrosamente estúpida de toda la historia de los Estados Unidos. Ha veces hemos tenido políticos eficaces con pocos escrúpulos morales. Esta vez, sin embargo, tenemos que habérmolas con managers incompetentes del desvalijo a escala nacional». Y los comentaristas financieros de «Fortune» no escriben estas cosas gratuitamente.

Ni una respuesta convincente

El senador Goldwater, uno de los líderes más reaccionarios del partido republicano, ha pedido públicamente a Richard Nixon que «ponga todas las cartas sobre la mesa». El panfletario I.F. Stone le replica tranquilamente: «Es como pedir al presidente que coloque la cabeza so-

bre el tajo». Para añadir: «Si Nixon no dimite, es sencillamente, porque teme ir a la cárcel. Sólo su presencia en la Casa Blanca impide al presidente de Estados Unidos ser perseguido judicialmente y verse inculcado, condenado y encarcelado por toda la vida». No sólo I.F. Stone no ha tenido problemas por la publicación de su panfleto, sino que sus argumentos han sido recogidos y cortésmente refutados por el portavoz de la Casa Blanca...

Durante mi estancia en Estados Unidos no encontré a un solo personaje que estuviese convencido de la honestidad de Nixon. No digo «sinceridad»: como veremos, eso resulta más complejo a los ojos de algunos. De lo que todos parecen convencidos es de la deshonestidad del presidente.

Dos senadores republicanos han anunciado recientemente que las acusaciones contra Nixon no han hecho sino comenzar. Es preciso darse cuenta de lo que significan estas palabras. Recordemos las acusaciones de que ha sido objeto hasta ahora el presidente: los micrófonos instalados, según sus órdenes, en el hotel Watergate, sede del partido demócrata; el despido injustificado del fiscal Archibald Cox, encargado de investigar el «affaire» Watergate; los cuatrocientos mil dólares concedidos por la ITT (International Telephone and Telegraph Company) al partido republicano para que Nixon suspendiese las diligencias judiciales contra esa sociedad basada en la ley anti-monopolios; las indiscreciones de dos funcionarios del ministerio



Dimita o no dimita Nixon, ¿quién defenderá los intereses y el puesto de los Estados Unidos hasta las próximas elecciones? El hombre está ya ahí: se llama Henry Kissinger.



Kissinger, un político intuitivo.



En su gira europea, que acaba de comenzar en Bruselas, Kissinger tratará de demostrar que la política de lo peor es la peor de las políticas.

de Agricultura que permitieron a las sociedades exportadoras de trigo a la Unión Soviética ganar ciento veinticinco millones de dólares, una parte de los cuales fue a parar al comité pro-reelección de Nixon; la misteriosa desaparición de ciertas grabaciones relacionadas con las conversaciones entre Nixon y sus colaboradores en torno al asunto Water-

gate; la decisión de ordenar el bombardeo de Laos y Camboya sin consultar al Congreso; las promesas hechas a los magnates de la industria lechera en el sentido de que se permitiría una elevación del precio de la leche a condición de que los industriales de ese ramo subvencionasen la campaña electoral de Nixon. Y eso sin hablar de ciertas «minu-

JEAN DANIEL

cias», como son las relaciones un tanto increíbles entre el honorable presidente y un tal Charles Bebe Rebozo, ambos, al parecer, implicados en un asunto de centenares de millones de dólares. Y a pesar de todo, los dos senadores republicanos nos dicen que las acusaciones no han hecho más que comenzar...

Hasta ahora, Nixon no ha dado respuesta convincente a ninguna de las asombrosas acusaciones que se le hacen. Yo le he oído pronunciar por televisión, con una naturalidad y una euforia sorprendentes, frases que le hundían cada vez más en el fango en que está metido. Los resultados de los sondeos nacionales llevados a cabo después de las campañas lanzadas contra él bastarían para llevar a un hombre normal a un exilio voluntario cuando no al suicidio. A la pregunta cortésmente formulada en estos términos: «¿Opina usted que el presidente es un hombre de alta integridad moral?», los americanos que contestan con un rotundo «No» han pasado en seis meses de un 20 a un 46 por 100. Los que responden afirmativamente han bajado, por el contrario, de un 68 a un 39 por 100.

Un candor de mafioso

¿Qué hace Nixon? Ha decidido luchar. Mientras descuida todos los asuntos importantes, Nixon está ocupado en una campaña personal por todo el país. Le gusta luchar. Siempre lo ha hecho. El año pasado, después de su reelección, conseguida gracias a unos métodos cuya turbiedad se acaba de descubrir, Nixon declaraba que ya no tenía que temer más que el juicio de la historia, puesto que el pueblo americano ya le había demostrado el suyo al reelegirlo para un segundo mandato. Todo aquello parecía resultarle, sin embargo, casi prematuro; debía sentirse un poco como un jefe mafioso invitado a jubilar antes de tiempo. Aún no sabíamos que jugaba al «padrino» en la Casa Blanca.

Un abogado de sus amigos me aseguró que Nixon es el típico hombre de acción para quien la verdad reside en la batalla, y la justicia, en el triunfo. De ahí, en cierto sentido, su candor de mafioso: es preciso luchar, ganar, imponerse, triunfar. Tanto más cuanto que Nixon, que nunca ha figurado entre los «hijos del sol», como se ha llamado a los Kennedy, siempre ha estado aislado de la sociedad política tradicional. Para luchar contra todos esos handicaps, Richard Nixon ha formado un «gang».

¿Que hoy este «gang» lleva todas las de perder? Pues bien, a él le toca luchar, como jefe que es. En la televisión, la pugnacidad de ese rostro un punto torcido llega a veces a conmovir. Debe existir un público para este tipo de hombre. Y sin embargo, aunque me haya movido en medios muy distintos entre sí, no he encontrado a esa clase de público. Cuando pronunció su terrible declaración: «I am not a crook» («No soy ningún granuja»), mis amigos americanos comentaron: «He's a crook but he's a fighter too» («Es un granuja, pero también un luchador»).

¿Y si Nixon estuviese decidido a no dimitir, pase lo que pase? ¿Y si la ley del «gang» le llevase a endurecerse, a replicar, a instalar el reino del terror, a zozobrar en el autoritarismo con los pocos militares bien situados que fueron sus cómplices? Podría recurrirse entonces a ese famoso procedimiento del impeachment, que permite alejar del poder a un presidente gracias a los dos tercios de los votos del Senado.

Entonces le sucedería automáticamente el nuevo vicepresidente, Gerald Ford. De Ford se dice que es un don nadie. Pero quienes eso dicen, añaden inmediatamente: «De todas formas, cualquier cosa es preferible a Nixon». ¿Puede ocurrir esto pronto? Los buenos profesionales de la política aprovechan siempre el momento oportuno. Por otro lado, el hecho de que el Senado quiera tener más poderes motiva el que se sienta tan a gusto con un presidente desacreditado. De todos modos, la campaña electoral comenzará antes de que pase un año, y entonces, tanto los demócratas como los republicanos decidirán cuál es la mejor estrategia a seguir: desembarazarse de Nixon o conservarlo en el poder paralizándolo.

Mientras tanto, ¿quién defenderá los intereses y el puesto de los Estados Unidos en el mundo? No hace falta que usted busque, me han dicho mis amigos, el hombre está ya ahí. Hay un presidente, un auténtico presidente: es un hombre que no está comprometido en nada y que se llama Henry Kissinger. Ya hay quien le llama «presidente de Asuntos Exteriores». No en vano declaró Kissinger en Pekín públicamente: «Las relaciones entre Estados Unidos y China no variarán en el futuro ocurra lo que ocurra en Washington». ¡Extraña seguridad! Un periodista egipcio ha hecho pública esta declaración de Kissinger en El Cairo: «Usted adivinará que en este momento el presidente Nixon no podía intervenir a título personal en el conflicto del Próximo Oriente».

Es verdad que Kissinger goza

EL "PRESIDENTE" KISSINGER



de un prestigio que tan sólo le disputan los recuerdos. Ello quedó manifiesto en el último día de acción de gracias («Thanksgiving Day») que marcó asimismo el décimo aniversario del asesinato del presidente Kennedy. Lo que conmemoran los americanos el 21 de noviembre todos los años es el día de 1620 en que Dios permitió que el «Mayflower» arribase a la tierra prometida, cuando los «padres fundadores», nutridos de lecturas bíblicas, se identificaron con el Estado de Israel mucho antes de que existiera el Estado hebreo. Y en todas partes he visto, a través del retrato de John Kennedy, héroe transfigurado en santo, la evocación nostálgica de una pasada grandeza y el rechazo total del presente, salvo tímidas aunque reveladoras referencias a Kissinger: la salida de las tropas americanas de Vietnam y la reconciliación con China eran las únicas hazañas recientes que se podían cargar aún al crédito de la América de los pioneros.

¿Qué quiere, qué puede el «presidente» Kissinger? Si hemos de creer a sus familiares, a sus adversarios e incluso a Kurt Waldheim, secretario general de las Naciones Unidas, Kissinger tuvo, durante la crisis del 25 de octubre, carta blanca: jugaba solo, era el único juez. Asistió personalmente a la última de sus conferencias de prensa. Acababa de restablecer las relaciones diplomáticas con El Cairo, había conseguido que israelíes y egipcios acordasen un alto el fuego y había celebrado finalmente con Mao Tse-tung una entrevista inusualmente larga, a la que calificó de particularmente importante y cálida. Esperaba, pues, ver a un hombre satisfecho si no exultante.

Hacerlo todo solo

Entró en la sala de conferencias del State Department con su aspecto macizo, algo corpulento, y sin dejar de mover las gafas mediante un continuo e involuntario fruncir las cejas, se puso a disposición de los periodistas con apenas sonriente gravedad. En su conferencia, Kissinger se mostró sorprendido porque los árabes hubiesen decidido su bloqueo petrolero en un momento en que él tenía buenas razones para estar seguro de que aceptarían finalmente un principio de negociación, en Ginebra, con los israelíes. Su tono de voz parecía más triste que amenazante, más decepcionado que firme. Cuando habló de la posibilidad de tomar medidas de represalia, explicó al mismo tiempo, que lamentaba profundamente el haberse visto

conducido a esa situación. La prensa americana no me pareció recoger esos matices: los titulares cargaban el acento sobre la intención de Kissinger de llegar a una prueba de fuerza.

Creo que los comentaristas tomaban sus propios deseos por realidades. ¿Sus deseos? Es preciso decir que coincidían con los de la mayoría de los americanos, incluso con los de aquellos que siempre habían mostrado una gran reserva con respecto a Israel. Hubo un auténtico impulso de simpatía hacia los holandeses y daneses, víctimas no de un antiarabismo que aquí se ignora, sino de una solidaridad heroica con los judíos oprimidos por los nazis. Cuatro Premios Nobel no judíos han recordado justamente que el antisemitismo había sido la causa de la creación del Estado de Israel y que los árabes estaban privilegiando a aquellos Estados europeos que habían sido cómplices del nazismo. También se han recordado ciertas manifestaciones recientes, muy poco revolucionarias, por cierto, del rey Faisal. A pesar de lo cual, Henry Kissinger no quería llegar —me consta— a una prueba de fuerza con los árabes.

Ya que Kissinger ha llegado estos días a Bruselas para participar en la conferencia de la OTAN y desde allí trasladarse sucesivamente a Londres, a El Cairo, a Tel-Aviv y finalmente a Ginebra, es preciso, antes de evocar las nuevas relaciones entre Europa y América, recordar ciertos datos relacionados con la situación en que se encuentra actualmente el «presidente de Asuntos Exteriores».

De él se dicen, evidentemente, mil cosas. En primer lugar, sobre su carácter: se asegura que no es capaz de delegar sus poderes en nadie. Así se explicaría la salida de uno de sus adjuntos más valiosos, Joseph Sisco, especialista en asuntos del Próximo Oriente. No es, sin duda, la primera vez que un hombre con grandes responsabilidades pretenda hacerlo todo solo. En su caso, la explicación hay que buscarla en su propia filosofía. Su comportamiento es hasta tal punto empírico, el hombre depende hasta tal grado de las improvisaciones que le inspira su interlocutor y la atmósfera particular de cada discusión, que Henry Kissinger confía más en sus propios reflejos que en la aplicación de ciertos principios. Este pragmatismo entraña una cierta suficiencia y una gran vulnerabilidad. Se le acusa de decirle a cada cual ni más ni menos que lo que éste desea oír, y sin embargo, todos insisten en negociar directamente con él...

De hecho, Kissinger se encuentra actualmente en relación con los judíos en una situación mucho más conflictiva que con respecto a los árabes. Kissinger constituye un timbre de gloria para un país, Estados Unidos, que ha permitido a un pequeño judío alemán convertirse en uno de sus personajes más importantes. El año pasado, durante la campaña pro elección de Nixon, sus partidarios trataron de convencer a los judíos neoyorquinos, demócratas en su mayoría con las siguientes palabras: «Los británicos tuvieron a Disraeli, los franceses, a Leon Blum y Mendès-France; ahora que tenemos a Kissinger, ¡no irán ustedes a quitárnoslo!». Del mismo modo, Kissinger, haga lo que haga Nixon, no podrá discutir el discernimiento de un presidente de Estados Unidos que ofreció una oportunidad a un pequeño profesor de Harvard. Durante largo tiempo, Henry Kissinger se empeñó en mantenerse al margen de los asuntos judíos. Todavía hoy de lo que más se enorgullece no es del alto el fuego en el Oriente Medio, ni de su Premio Nobel de la Paz, ni de las negociaciones con los vietnamitas, sino de la reconciliación chino-americana. Kissinger se ha sentido intoxicado, subyugado, fascinado por la China. Cualquier referencia a sus entrevistas con Mao le iluminan el rostro. Este teórico de las relaciones de fuerzas parece tener una debilidad por ese país.

Obligado a intervenir en el conflicto del Próximo Oriente, Kissinger ha contado principalmente con el apoyo de los egipcios. Desde hace ya algún tiempo, el presidente Sadat y sus amigos estiman que los americanos son los únicos capaces de presionar sobre Israel. Los egipcios han podido convercerles de ello a los soviéticos, pero no a los otros árabes ni a los europeos. Los israelíes, por su parte, consideran a Kissinger como un amigo obligado por las circunstancias a causarles mal.

Los adversarios de la distensión

En ciertos medios de la poderosa comunidad judía americana donde comienza a reinar, por vez primera, cierta división, se insinúa que, a pesar de sus orígenes y tal vez a causa de ellos, Henry Kissinger se muestra más preocupado por su imagen de estadista americano que fiel a la sacrosanta solidaridad judeo-cristiana. Por más que Kissinger recuerda su declaración de hace

un año en el sentido de que los Estados Unidos se habían comprometido a defender al Estado de Israel pero no sus conquistas, los israelíes no dejan de señalar la falta de celo mostrada por Kissinger en relación con la ayuda militar americana a Tel-Aviv durante los tres días que siguieron a la ofensiva de egipcios y sirios.

Henry Kissinger se está viendo así obligado a luchar en varios frentes a un tiempo. Tanto más cuanto que Israel recibe poderosa ayuda de ese auténtico lobby antisoviético existente en los Estados Unidos. He vuelto de Norteamérica convencido de que la distensión es una lucha, no una fatalidad.

Henry Jackson, el fogoso senador de la oposición demócrata, es una influyente personalidad que tiene por aliados a todos los hombres del complejo militar-industrial, para los que la distensión es una filia. Jackson acusa a Kissinger de haber claudicado ante los chinos, los soviéticos y los árabes. ¡Pues vaya éxito el de ir a Pekín y después a Moscú, ofrecerlo todo y no conseguir nada a cambio! ¡Vaya negocio obtener un alto el fuego cuando Israel ya no lo necesita y sólo se trata de ayudar a los soviéticos a salvar al tercer ejército egipcio! Ciertos análisis del «militarismo» soviético efectuados por chinos y europeos está contribuyendo a alimentar la campaña de Harry Jackson y sus aliados.

El «presidente norteamericano de Asuntos Exteriores» llega a Europa después de una conferencia de Argel que ha desembocado en la interrupción de las conversaciones entre árabes e israelíes. Dicen los que le rodean que todo el mundo ha estado jugando con fuego. Las compañías petrolíferas americanas, al ayudar a Faisal, quien ha planteado una nueva exigencia relativa a Jerusalén y que los egipcios habían omitido. Los europeos, al hacer suyas ciertas reivindicaciones maximalistas, bien para ceder al chantaje de los árabes, bien para vengarse de americanos y soviéticos, quienes les habían excluido de las negociaciones. Henry Kissinger tratará de demostrar ahora que la política de lo peor es la peor de las políticas para todos, europeos y árabes inclusive. ■ J. D.